

Jornada de reflexión

Pedro RODRIGUEZ

Le llamaban Ballesteros

Sale, la gabardina doblada en cuatro sobre el brazo izquierdo, como un capote, como un tesoro; la corbata, perfecta; el traje como de notario, irreprochable; las uñas cortadas a lo reglamento, tan lejos de Poirot, tan lejos de Maigret, apenas un suavísimo acento, un suavísimo sudor, las suaves miradas de reojo a las lunas de los escaparates, a ningún policía nos gusta hablar; usted sabe por qué he accedido a esta entrevista; pero en Inglaterra nadie conoce al jefe de los Servicios de Información, a ningún periodista se le ocurre sacar su nombre a la calle, no saben cómo se llama, y si lo saben, no lo dice, pero, en fin; y luego, están los ojos, ojos de Smiley, eso sí, ojos de página 274 de John Le Carré, ojos achinados de soñar con «Txomin» o con «Antxon», o de acorralar hermosos niños rubios nazis, en mi pueblo me llamaban «Manolo el Estudiante», mi pueblo se llama Puzos, muy cerca de Granada y nadie, desde un tío mío, había estudiado; mi padre salía todos los días a las cinco de la mañana a pie hasta Granada, era vigilante del servicio de riegos, y luego, a las ocho salía yo, hasta que en tercero me pude comprar una bicicleta usada; llevaba la cestita de mimbre con la comida, y por el verano iba a la recogida de aceituna, hasta que empecé Derecho, y luego está, aquí, en Sol, el despacho, el viejísimo despacho de las viejimas cortinas, las viejimas maderas, el viejísimo barómetro, con los viejimos medallones desde los que Canalejas, Dato, yo qué sé, se pasan las madrugadas y los sábados y los domingos viendo a Manuel Ballesteros, 46, dos hijas, no quisiera que se me rompiera mi vida familiar, el comisario más joven de la Historia, el jefe principal más joven de la Historia, el jefe superior más joven de la Historia, el comisario general más joven de la Historia, el primer jefe antiterrorista de España, mister ETA, yo tenía la ilusión de estos chavales, de mis veinte años, la sobaquera, la placa, ya sabe usted, cuando me mandaron a la zona minera, a Avilés, y allí en las noches de guardia me quedaba leyendo «El Capital», como en Valencia, cuando los follores de la Universidad me puse a leer a Marcuse, la voz muy queda, la mirada muy baja, sentado en el borde del viejo sillón, creo que nos van a dar un edificio para nosotros solos, como cuando pudo cambiar la bicicleta usada por una nueva, hasta que tú, maldita

sea, le has tenido que preguntar, qué falta hacía, eso:

—¿El problema, Ballesteros, no es que ETA sabe por qué muere, o cree saberlo, y los policías no?

El horroroso daño de Francia

—No, no. Yo no hablo de otros cuerpos, pero mis hombres saben por qué mueren en el Norte. La prueba es que la mayoría escoge seguir allí. Tienen muy claro que son la vanguardia de la sociedad, los seleccionados en esa guerra. Sí, saben por qué mueren, ya lo creo. Pero el tema de «el policía del Norte» es otro: los hombres del Norte ocupan, en principio, unas plazas que nadie quiere. Van las últimas promociones y los últimos

—¿Y tienen, Ballesteros, claro el papel de la Policía española en 1981?

—Sí. Al menos, yo, sí: un Cuerpo total y rigurosamente profesional entregado a toda la sociedad, sin distinción de colores, grupos o clases sociales, dentro de un Estado democrático. La Policía española ha aceptado la Democracia. Lo tenemos muy claro.

—Entremos en el Norte: ¿quién está ayudando el terrorismo ETA?

—Bueno... Para empezar, ningún fenómeno terrorista puede subsistir sin apoyos. ETA tiene un cierto apoyo de parte de la sociedad vasca que entiende que ha sido marginada históricamente, que cree que sus derechos han sido pisoteados y su cultura repudiada

una paloma, se oye el cric-crac de la llave en el cajón, y El-Hombre-Contra-ETA regresa con una cuartilla como una bandera blanca.)

Cuando nos dicen «Tenéis que matarlos»

—Francia no nos ataca, por supuesto. Pero nos está haciendo un daño horroroso con su inhibición. Los órganos directivos de ETA están en territorio francés, su estructura está allí, la cabeza dirige desde allí. Mire usted: en esta cuartilla está el organigrama, la cúpula de ETA, a febrero de 1981; me refiero a ETA militar, desde luego. El Comité ejecutivo lo forman Domingo Iturbe, «Txomin»; Eugenio Echeveste, «Antxon»; Múgica Garmendia, «Paco»; Juan Lorenzo Lasa, «Txequierdi»; José Luis Ansola, «Pello el Viejo»; Juan Ramón Aramburu y Juan Ángel Urruticoechea. Son «los siete grandes». Bueno, pues los siete residen normalmente en Francia. Esta cabeza tiene tres ramas: el Aparato Político, el Aparato Militar y el Aparato Internacional. El Político lo manda «Antxon», con una oficina de propaganda en la que está Eloy Uriarte, que lleva el departamento de Prensa. El Aparato Militar lo dirige Iturbe Abásolo, «Txomin», con Juan Lorenzo Lasa como jefe de los comandos especiales. El Internacional está a las órdenes de Urruticoechea y tiene de segundo a Francisco Javier Larreategui. Los comandos ilegales los dirige, como le digo, Lasa, y los legales, Múgica Garmendia. En fin, en los comandos ilegales hay subdivisiones operativas para la margen izquierda de la ría de Vizcaya, Eibar, Alava, Guipúzcoa, y otro para Madrid y resto de España. Luego, en los apéndices está la Logística, a cargo de Garate; los mugalari para el paso de fronteras, y están las Finanzas, que dirige Ibarguren Aguirre. Bien. Repito: una organización terrorista de envergadura, y ETA lo es, es un Estado dentro de otro Estado. Y ETA funciona, vive y se organiza dentro del Estado francés. Usted me preguntaba por el apoyo de la sociedad vasca. Sin apoyo de la sociedad vasca la Policía terminaría con ETA, incluso aunque algún partido legalizado la apoyara. Pero también necesitamos que se acabe la tolerancia francesa.

—Llegamos a una triste conclusión, Ballesteros: que las fórmulas políticas están agotadas en Euzkadi.

—Bueno, no me corresponde el tema; pero, desde luego, es para

«Francia nos hace un daño horroroso con su inhibición. «Los siete grandes» de ETA viven, dirigen y actúan en su territorio»

«Este es el Comité Ejecutivo de ETA, a febrero de 1981: Domingo Iturbe, «Txomin»; Eugenio Echeveste, «Antxon»; Múgica Garmendia, «Paco»; Juan Lorenzo Lasa, «Txequierdi»; José Luis Ansola, «Pello el Viejo»; Juan Ramón Aramburu y Juan Ángel Urruticoechea»

«El policía del Norte» sí sabe por qué muere: incomprendido, solitario, reconcentrado, sabe que su único amigo es su compañero. Les entra el orgullo de una casta»

de cada promoción, porque, lógicamente, los primeros van escogiendo otras zonas, aunque haya excepciones, no pocas, de primeros de promoción que inmediatamente piden «Norte». Pero una vez allí, esos muchachos van entrando en la dinámica, aguantan lo inaguantable: el ser un incomprendido, un solitario, el no poder tener relaciones sociales. Se va reconcentrando, haciendo un introvertido de veintitantos años, raro, sin otro consuelo que una copa por las noches, sabiendo que su único amigo es su compañero. Y, entonces, se convierten en los mejores. Les entra el orgullo. Se transforman en una casta dentro de la profesión: en «los vascos», como dentro del Ejército hubo una «élite» de «los africanos»; y, ya le digo, es cuando empiezan a saber por qué mueren y a pensar que España les debe algo.

por el centralismo. Normalmente, el policía que va al Norte no entiende esta última parte, ve que se habla libremente el idioma eusquera, no ve los Fueros pisoteados; pero ese es otro tema. Supongo que usted me preguntaba quién está detrás, qué país hay ayudando a ETA. Bueno, los policías lo suponemos, incluso lo sabemos, pero no tenemos pruebas. Es un hecho que ETA se ha entrenado en Libia, en Argelia, en Líbano, en Yemen del Sur, y ahora está entrenándose en las guerrillas de El Salvador y de Nicaragua. La conclusión salta a la vista, nos guste o no: se trata de países en la órbita de Moscú, con regímenes marxistas.

—¿Y Francia, Ballesteros? ¿De verdad es tanto el daño como dicen nuestros Gobiernos...?

(Y, entonces, se levanta, se ajusta los puños como buscando

pensar que quedan muy pocas. Mi opinión personalísima es que con el Estatuto el País Vasco ha recibido, básicamente, todo lo que un Estado democrático puede dar dentro del Derecho. O al menos hay que pensar que la sociedad vasca está muy cerca de haber recibido todo aquello que se puede dar sin atentar a la unidad del Estado español. Pero ya le digo: ése no es mi tema.

—¿Qué es lo más escalofriante que ha descubierto en ETA?

—No sé... Quizá la frialdad con que un comando legal recibe una orden de «Txomin» de «ejecutar» a alguien, como ellos dicen. Lo trágico es que no preguntan por qué van a matar, por qué tienen que matar, por ejemplo, a un vecino, amigo de siempre, con el que están cansados de chatear. Simplemente, pasan a Francia, recogen la orden, se acercan a él, lo matan y se vuelven a casa tranquilamente. Es la más horrorosa falta de libertad para pensar, para rebelarse, para decidir. Es el fatalismo por el fatalismo.

—La pregunta, Ballesteros, es por qué, por qué demonios, el terrorista no muere nunca, o casi nunca...

—Bueno, en principio ETA no corre riesgos. Actúa siempre con márgenes de seguridad enormes. No se mete en ratoneras. No necesita explicarle que no hay posibilidad de meter infiltrados en ETA; y sí, en cambio, en GRAPO y ya no digamos en la «extrema derecha». El terrorista casi nunca muere, efectivamente. Cuando nosotros llegamos al etarra es siempre por investigación. Lo sorprendes, lo detienes, y va desarmado. Cuando te lo tropiezas de improviso, en cambio, es cuando va armado, y la peor parte le toca normalmente a la Guardia Civil, con las emboscadas. Pero el comando legal tiene siempre su armamento y su dotación en el «zulo», o en un tonel de uralita en el monte. Reciben la orden de actuar y una hora antes roban un coche, van al «zulo» o al tonel, cogen las armas, actúan y vuelven a dejar el armamento. Claro, nosotros muchas veces sabemos que van a actuar, pero no podemos permitirnos el lujo de darles carrete porque se pueden despistar y cometer el asesinato. Los tenemos que coger antes, y antes van siempre desarmados. Y un policía no mata jamás a un señor desarmado, sea terrorista o no. Es lo que tenemos que contestar cuando vienen a apremiarnos, «Tenéis que matarlos», incluso gente de izquierdas.

(Juraría que se le ha ensombrecido la cara, como a Smiley, como el 23 de febrero, cuando quince minutos después de entrar Tejero atravesaban las barreras Ballesteros y Dopico. Tejero dice: «Hola, Manolo», y Ballesteros contesta: «¿Pero qué pasa, Antonio?» «Nos conocimos en San Sebastián. El era el comandante de la Guardia Civil, yo el comisario. Habíamos cenado algunas veces, de matrimonios. Nos vio entrar, sabía que estábamos dimitidos y debió

«Respeto y acato la decisión de los Tribunales, pero para mí el abogado Ruiz Balerdi actuó en nombre de ETA, no de la familia Suñer»

«ETA es una Estado dentro de otro Estado: tienen un soporte social, una Hacienda y un embrión de Ejército»

«Si confluyeran el rechazo de la sociedad vasca y la beligerancia de Francia, la Policía acabaría la lucha armada a corto plazo. Pero el sustrato que ha dado origen al terrorismo de ETA necesitará toda una generación»

«La Policía española ha aceptado la Democracia y está al servicio de toda la sociedad»

«Una sociedad democrática que se proponga, en consenso, acabar con el terrorismo no necesita la pena de muerte»

«Cuando llegamos al comando legal están desarmados. Y un policía no mata jamás a una persona desarmada, aunque nos digan, incluso gente de izquierdas, "tenéis que matarlos"»

«La sociedad vasca está muy cerca de haber recibido cuanto un Estado democrático puede dar sin romper la unidad»

pensar otra cosa. Luego, salimos, e informamos a Laina y seguimos trabajando...)

Una generación, toda una generación...

—Sí, bueno. Normalmente, el etarra cuando lo interrogas y le vas echando encima datos y pruebas, se hunde, se va derrotando. También existe mucho el caso del etarra que lo cuenta todo por fanatismo, por presumir, por iluminado. No, nosotros estamos utilizando toda esa información. Lo que ocurre es que hasta ahora había muy poca. Yo he comprendido siempre el idealismo del etarra. Al niño vasco se le han proporcionado, en general, desde hace mucho, los sentimientos clásicos de la frustración de su raza, el sentimiento del territorio ocupado, de los invasores castellanos. No entro ni salgo en la justicia o no de esos sentimientos, pero el niño vasco crece con ellos desde las «ikastolas» y siempre son sentimientos proporcionados por sectores influyentes, como el cura o el maestro.

—¿ETA trata de exportar su esquema, su revolución, su terrorismo?

—Lo intenta. ETA tiene un objetivo final que es, literalmente, «un modelo de sociedad socialista en un País Vasco independiente». Lle-

gar a ese objetivo es más fácil si el Estado central tiene que atender a sofocar el problema en otras regiones. Lo que no hace ETA es exportar su organización. Lo que sí hace es instruir, facilitar armas, técnicas de guerrilla a otros grupos de otras regiones, como al «Pesán» o a pequeños grupos gallegos.

—¿Y el dinero, Ballesteros? ¿Qué está pasando con los impuestos, los secuestros, los intermediarios?

—ETA tiene una excelente Hacienda. Ya le he dicho que es un Estado dentro de otro Estado. Todo grupo terrorista grande lo es. ETA tiene las características de un miniestado: un soporte social, una recaudación de impuestos, y el embrión de un Ejército. La organización cuesta mucho. Hay que mantener a los liberados y a sus familias, hay que adquirir armamento, coches, pisos... Los intermediarios, decía usted... Mire, Rodríguez: yo, como español respeto y acato las decisiones judiciales, pero esta última de la liberación del abogado Ruiz Balerdi no la comparto. No tengo la menor duda, por supuesto, de la honestidad del Tribunal y de que ha actuado libremente en conciencia, pero permítanme como policía que esté convencido que el señor Ruiz Balerdi actuó en el secuestro del señor Suñer como representante de ETA. En el caso Suñer hay dos actuaciones de abogados. Una, del señor Ortiz Cañabate, correcta,

irreprochable, en nombre de la familia. Y otra, la del señor Ruiz Balerdi, que no actúa como representante de la familia, sino de ETA. Estos son mis datos como jefe del Mando Antiterrorista; y eso, para mí, es «cooperación con banda armada».

—¿Y cuál es el final de esta pesadilla, Ballesteros? ¿La «tierra quemada» de la derecha o, bueno, la tesis de la izquierda de que ETA acabará el día de mañana entregándose, viniendo aquí, a este despacho de los medallones o al nuevo que le pongan, y tirando sus metralletas encima de la mesa le dirán: querido señor Ballesteros, no va más, nos retiramos...?

—Ninguna de las dos, claro. En el puro terreno de los principios caben todos los pactos, pero me parece imposible la retirada de ETA. La gente se olvida que la mayoría de los elementos que integran ETA son ya, de por vida, pistoleros. Por encima de su idealismo, de sus supuestas motivaciones, se han acostumbrado ya a vivir del crimen y a punta de pistola. Las organizaciones políticas que traten de respaldar a ETA no deben de olvidar que los hijos de la revolución devorarán siempre a sus padres. Que después de diez o quince años de estar viviendo liberados, de un sueldo y una «browning», o una «stern», o ahora de un «cetme», ya no saben hacer otra cosa ni quieren hacerla.

(Y de pronto te das cuenta que en la vieja biblioteca de Dato y Canalejas, entre los libros despeluchados por cien años de terror, hay uno: «Inside Story»; y entonces, vas y le preguntas, Manuel Ballesteros, 46, si el Estado tiene derecho a defenderse. ¿Usted me entiende, Ballesteros, usted me entiende?)

—Yo creo que la pena de muerte nos repugna a todos, Rodríguez. Sólo cuando un Estado está desesperado, acorralado; como única medida de supervivencia. Pero no es el caso. No es necesaria la pena de muerte, no debe serlo, en una sociedad democrática, al menos si en esa sociedad hubiera consenso para acabar con el terrorismo. Yo veo un rayo de luz: el Estado se está dando cuenta, antes no, que al terrorismo hay que atacarlo desde todos los ángulos. Que la Policía es sólo una parcela, la de delante. Que estamos ante un cáncer y que la decisión fundamental es saber coordinar el esfuerzo del país. Pero que tampoco estamos ante un imposible: si confluyeran el rechazo de la sociedad vasca al terrorismo, y está empezando a producirse, y confluyeran nuestros vecinos los franceses, que se produjeran con beligerancia, yo le aseguro que el plazo para acabar con la lucha armada sería corto. Eso sí: borrar el sustrato espiritual que ha dado origen al terrorismo español, eso, necesitamos una generación...

(Entonces se pone de pie y coge la gabardina como la bicicleta para empezar el interminable viaje hasta Granada...)